



## El día que cambió su vida

*Diecinueve años atrás*

El timbre que anunciaba el fin del recreo sonó por todo el instituto. Los adolescentes, que a esa hora estaban deseando volver a sus casas y saltarse las últimas clases, se agolpaban frente a las puertas de las aulas, riendo, gastándose bromas y hasta subiéndose unos encima de otros mientras immortalizaban el momento con una cámara de carrete.

Macarena alzó la mirada. Tenía las manos escondidas en los bolsillos y estaba apoyada contra la pared. Llevaba puestos los auriculares y, en su Discman, sonaba *Smells Like Teen Spirit*, de Nirvana. Buscó con la mirada a su mejor amiga, Daniela. No tardó en dar con ella: estaba subida a la espalda de su novio y posaba para la siguiente instantánea, mientras Diego, el *fotógrafo oficial* del grupo de amigos, les indicaba la postura un par de metros delante de ellos. El altavoz de la pequeña radio que Daniela

siempre llevaba en su mochila, y que amenizaba los recreos del grupo, sonaba a todo volumen con *Felina*, de Héctor & Tito, en la emisora de moda para los jóvenes.

—¿Puedes acompañarme al baño? —preguntó, separando la espalda de la pared y acercándose al grupito.

—Pfff... ¿Es que las tías no sabéis ir al baño solas? ¿Qué necesitas? ¿Qué te baje las bragas? Para eso ya tienes a Tony, ¿no? —Isra, el novio de Daniela, habló antes de que ella pudiera decir nada.

Todos los que lo oyeron rieron, divertidos por la ocurrencia, como siempre. Isra era el típico gracioso que se metía con todos y que ponía caras a los profesores cuando estos se daban la vuelta. Básicamente, el chico malo que había en toda clase de instituto. O el tonto del culo, que venía a ser lo mismo. Macarena aún no entendía qué había visto Daniela en él, porque, además de un gracioso sin gracia, era un gilipollas de manual.

Diego sacó la foto, y la mejor amiga de Macarena bajó de la espalda de su novio, propinándole un golpe en el brazo a la vez que chasqueaba la lengua.

—No seas cerdo, anda.

Ella se puso de puntillas y le dio un beso con lengua a su chico. Fue bastante desagradable para todos los presentes, y no parecía que hubiera

mucho amor detrás. Cuando se despegó de él, se acercó a Macarena. Los compañeros comenzaron a entrar en el aula.

—Tenemos que entrar a clase, tía. —La miró, frunciendo el ceño—. ¿Pasa algo? ¿Te encuentras mal?

—Sí, estoy un poco mareada. —Macarena mintió y alternó la mirada entre sus compañeros, que aún no entraban al aula, pero parecían tener especial interés en lo que ellas hablaban—. Vamos ya, porfa.

—S... sí, claro. —Apagó la radio y la guardó en la mochila.

Ambas se escabulleron entre el tumulto, atravesando el pasillo hasta el final del mismo, donde dos puertas de color negro, que años atrás habían tenido una mejor vida, las esperaban a cada lado del pasillo. La de la izquierda el baño de los chicos; la de la derecha el de las chicas.

Macarena se quitó los cascos, dejándolos apoyados en su cuello, y tiró de Daniela hacia el interior de los baños. Una vez dentro, colocó la oreja contra la madera, esperando no oír ruido al otro lado y que todos estuvieran ya en sus clases.

—Me estás asustando, ¿qué te pasa?

—Nada. —Negó con la cabeza sin separarse de la puerta. Segundos después, y cuando todo en el pasillo era silencio, apoyó la espalda contra la madera.

—No me digas que todo ha sido un cuento para fugarnos, tía, que ya tengo cuatro faltas y con otra más, avisarán a mis padres. Y no veas cómo

se las gasta mi padre; de esta me encierra en mi habitación y no me deja salir ni para hacer pis.

Daniela se encaramó y se sentó en uno de los lavabos de los baños. Había cinco, todos en fila, uno junto a otro, en la pared frente a los compartimentos de los retretes.

—No quería hacer esto sola. —Maca metió la mano en su mochila y sacó una prueba de embarazo, aún envuelta en su plástico.

—Vamos, no me jodas. —Daniela abrió los ojos hasta niveles inauditos y bajó de golpe del lavabo. Ya no parecía importarle faltar a clase—. ¿Estás preñada?

Macarena bufó.

—No lo sé, si lo supiera no estaría a punto de hacerme la prueba, ¿no crees?

—Pero ¿cómo ha podido pasar?

—¿De verdad necesitas que te haga un esquema? —La desesperación era más que evidente.

—No, joder, no me refiero a eso. —Daniela negó con la cabeza y se acercó a su amiga—. ¿No usáis condón? Tía, eso es de primero de relaciones.

—Sí usamos. Bueno, casi siempre.

—¿Tú estás tonta? ¿Y si te pega algo? A mí no se me pasa por la cabeza acostarme con Isra sin protección. Vamos, ni loca.

—Normal, es que arriesgarse a tener un hijo con semejante imbécil...

Daniela la miró con incredulidad, alzó una ceja y bufó.

—Siempre estáis igual, parecéis críos. —Se cruzó de brazos—. ¿Y qué me dices de Tony? —pronunció su nombre con retintín—. El señor de veinticuatro años que se tira a una tía de quince. Ese sí que es gilipollas.

—No, gilipollas soy yo, que no tenía que haberle hecho caso.

—Espera, ¿qué?

—Pues que me dijo que deseaba sentirme al completo, que no quería que nos separara ninguna barrera... Yo no quería, te lo juro, pero me explicó que en el amor no hay barreras y que él me quiere. Que soy la mujer de su vida.

—¿Ves? Lo que te decía, ese sí que es gilipollas.

Daniela se acercó a Maca y tomó la prueba de embarazo en sus manos para leer las instrucciones de la parte de atrás.

—¿Y si sale positivo? —preguntó asustada, observando a su amiga que tenía la caja entre los dedos.

—Pues tendrás que decírselo a Tony. —Se encogió de hombros y rompió el plástico para abrir la caja—. Tiene que apechugar con lo que venga, que para hacer triquitriqui se necesitan dos.

—Pero yo no quiero ser madre.

—Eso lo dices ahora, pero seguro que...

—¡Que no! —alzó un poco la voz, dejando a Dani sorprendida—. Lo siento, es que estoy muy nerviosa —se disculpó—. Pero es que no quiero ser madre, no quiero. No me gustan los niños, son... Que no, que no quiero. Que yo no puedo ser madre. —Daniela asintió, aceptando las disculpas y dejando aquel tema a un lado. Ella sí quería ser madre algún día y no entendía que su mejor amiga se negara rotundamente a imaginarse, en algún momento, empujando un carrito de bebé—. ¿Y cómo se lo cuento a mis padres? Que me echan de casa, que son muy estrictos, tía.

—¿Cómo te van a echar de casa? Pero ¿tú estás tonta? —Dejó la prueba sobre el lavabo—. Además, no adelantes cosas. Primero hazte esto y luego ya verás lo que haces o dejas de hacer. Pero calentarte la cabeza antes de tiempo, no. ¿Y si sale que no, y estás aquí flipando en colores por nada? —Se acercó a Maca, le agarró la mano y, con la otra, cogió la prueba. Caminó hasta uno de los retretes y abrió la puerta de una pequeña patada—. Venga, haz pis en el palito este y calla la boca.

Macarena entró en el reducido espacio y cerró con gesto alterado.

—No tengo ganas de hacer pis.

—Eso son los nervios. —Dani abrió un poco el grifo del lavabo—. Verás como ahora, con el ruidito, te dan ganas.

Con el sonido del agua saliendo del grifo, Maca dejó la mochila y el Discman en el suelo, y se bajó los pantalones. Segundos después, tras un breve silencio, el truco de Daniela surtió efecto.

—Por cierto, ¿dónde la has comprado? Habrás ido a otro barrio para que el de la farmacia no se lo diga a tu madre, ¿no?

—Me la ha pillado Sabri, la de 4.ºA.

—¿Sabri, la Vampira?

—Sí. —Maca negó con la cabeza mientras hacía pis—. ¿Quieres no llamarla así? Es buena gente.

—Sí, lo que tú digas —susurró para que no la escuchara su amiga.

Macarena salió del baño con la prueba en la mano y la dejó bocabajo, sobre el lavabo. Daniela echó un vistazo al prospecto mientras su amiga se subía la cremallera de sus pantalones vaqueros de campana, con la pernera desgastada y rota de arrastrar por el suelo, y después se abrochaba el cinturón de tejido de imitación de cuero trenzado, ancho y con hebilla gigante, que estaba de moda en aquel momento. Finalmente, se lavó las manos.

—Aquí dice que hay que esperar tres minutos.

Sería apenas un momento, pero la espera se hizo eterna. Permanecieron en silencio, con la tentación de dar la vuelta a la prueba antes de tiempo quemándole los dedos. Sin embargo, la alarma del Nokia

3310 de Maca, que marcaba el momento de comprobar el resultado, todavía no había sonado.

—Podríamos echar una partida a la serpiente mientras esperamos — soltó Daniela. Ambas rieron nerviosas.

De repente, la alarma del teléfono sonó y el corazón de Macarena pareció detenerse. El momento de mirar el resultado había llegado: solo hacía falta darle la vuelta a la prueba de embarazo para comprobar si su miedo se había cumplido o, por el contrario, podía respirar tranquila.

—¿Lo giras tú? —le pidió a su mejor amiga.

—¿Yo? Ni de coña, tía. Tú tienes que ser la primera en saber si estás preñada o no.

Maca alargó la mano y agarró el test, llenó de aire los pulmones, hasta que no pudo más, y exhaló con lentitud hasta que el mundo pareció desvanecerse ante sus ojos. Cuando estuvo preparada, dio la vuelta a la prueba.

Dos rayitas. Había dos rayitas.

El resultado del test era positivo: Macarena estaba embarazada.

Alzó la mirada y observó su reflejo en el espejo desgastado, que alguien había rayado con la punta de un compás. En ese momento, sintió que su mundo se había ido a la mierda; podía percibir el peso de todo el edificio sobre sus hombros. Le costaba incluso respirar.

—¿Qué? —preguntó Daniela, pero Maca no contestó—. ¿Qué pone? —insistió al ver que seguía sin decir nada. Simplemente le mostró el test y ella se llevó las manos a la boca—. Ay, joder. No me jodas, tía, no me jodas. Que estás preñada.

Macarena comenzó a hiperventilar sin parar de dar vueltas por el baño. Con su mano derecha agarraba el test, estrujándolo como si pudiera partirlo en dos y, de ese modo, pudiera acabar también con aquella noticia que iba a poner su mundo patas arriba.

—Tengo que llamar a Tony. Tengo que decirle lo que ha pasado.

—Y a tus padres también.

—No, a mis padres no. —Negó con la cabeza—. Tengo que ir a planificación familiar y decir que quiero abortar, ellos me ayudarán.

—Pero si eres menor de edad, tía, van a tener que decírselo a tus padres. No puedes ocultárselo, se van a enterar tarde o temprano. Además, estás loca. ¿Qué vas a decir para convencerles de que te ayuden a abortar?

—Algo me inventaré. —Miró hacia el suelo con gesto pensativo—. Si mis padres se enteran, me obligarán a tener al bebé. Ellos no están a favor del aborto, Dani. No me van a ayudar.

—¿Y si hablas con ellos y les explicas? Seguro que...

Macarena negó de nuevo, nerviosa.

—No. Son muy estrictos, no van a ceder. —Se detuvo en seco, a punto de desmoronarse—. Dani, ¿qué he hecho?

Y rompió a llorar. La presión era tan grande que no pudo evitar dejarse llevar por la desesperación que inundaba su cuerpo y hasta su propia existencia. Ya nada iba a volver a ser como antes.

Daniela consoló a su mejor amiga como pudo, aunque no era nada fácil. Aún les quedaba media hora hasta que el timbre volviera a sonar y alguien se colara en el baño antes de la siguiente hora lectiva.

Juntas y abrazadas, esperaron a que cesara el llanto de Maca.

—Voy a llamar ya a Tony, tiene que saberlo. —Se secó las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano. —Sacó el teléfono del bolsillo y marcó el número. Tras tres tonos, su novio descolgó—. Hola, Tony. Sí, bueno, es que tenía que decirte algo... Estoy embarazada. —Daniela prestaba atención a la conversación. No podía escuchar con claridad lo que Tony contestaba, pero sí el murmullo de su voz al otro lado del teléfono. En cuanto Maca le dio la noticia, el silencio se instaló en la línea telefónica—. ¿Tony?... ¿Me has oído?

Pero de nuevo, la nada era lo único que había por respuesta.

Segundos después, la voz cortante de Tony se escuchó como un murmullo a oídos de Daniela y, tras eso, el tono repetitivo de fondo al pulsar el botón de colgar.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó en tono suave, con la mano de Maca aún entre las suyas.

—Que no quiere saber nada. Que él no es el padre. Que ese hijo no es suyo y que me olvide de él.

—Pero ¿qué...? —La miró, horrorizada.

—Me ha dejado sola, Dani. Me he quedado sola.

La mirada de Maca apuntaba a un punto fijo frente a ellas, justo a un azulejo blanco, picado en las esquinas, en el que se podía leer, escrito con rotulador negro:

Tania X Agus

—Eso es mentira. Yo estoy contigo.

Pero, por mucho que el apoyo de su amiga fuera fundamental para ella, lo cierto era que todo había cambiado en ese preciso instante. Su futuro se había tornado de un color diferente, pronto su vida se resumiría en cambiar pañales y el sueño de dedicarse a lo que más le gustaba, la pintura, se iría por el retrete.

Ya no era la adolescente de quince años, rara y pegada a un Discman, que había sido siempre. A partir de ese momento, sería la madre adolescente a la que todos señalarían con el dedo y pondrían como ejemplo para advertir a sus hijas de los riesgos de mantener relaciones sexuales sin protección.

Ella, que jamás había sentido instinto maternal y los niños le ponían nerviosa. Ella, que no concebía la idea de tener entre sus manos algo que no fueran sus brochas manchadas de pintura. Ella, que se imaginaba un futuro brillante y lleno de color, ya solo podía verlo negro y amenazando tormenta.

## Madrid, Madrid, Madrid

Presente

—¡Venga, Ana, no seas una amargada y alza esa copa!

Macarena levantó la suya en medio de su habitación casi vacía. Estaba todo lleno de cajas, apiladas unas sobre otras, selladas con cinta adhesiva ancha y transparente, y con los nombres de la habitación donde tenían que colocarse escritos a rotulador permanente negro. Aunque, eso sí, la mayoría de ellas estaban destinadas a su nuevo dormitorio.

A los dieciocho años, había tomado la decisión, junto a sus padres y con la ayuda de los ahorros familiares que habían conseguido gracias a ellos y a su pequeña empresa, de mudarse de Madrid a Barcelona para continuar sus estudios.

Los primeros años como madre habían sido tal y como esperaba. Su vida pasó de ser la típica de una adolescente, a que sus días se resumieran en ir del instituto a casa para estar con su hija, y de vuelta al instituto al día siguiente. En cuanto su barriga comenzó a crecer, su grupo de amigos dejó de contar con ella para los planes, sosteniendo malas excusas que ni

ellos podían creerse. Maca siempre terminaba suspirando, resignada cada una de las veces que leía los SMS de quienes creía su familia elegida. La única que se mantuvo junto a ella algún tiempo más fue Daniela, quien resistió a su lado hasta que la presión del grupo y la de sus propios padres, para que no se juntara con la chica problemática y descarriada, la hizo alejarse cada vez más de la que había sido su mejor amiga.

Ese día iba a hacer el camino de vuelta. No es que estuviera muy contenta por ello, pero sabía que debía ser el siguiente paso para pasar de una vida eterna compartiendo piso y con una estabilidad profesional cuestionable en la ciudad condal, a una más estable cerca de su familia. Al fin y al cabo, un renombre conseguido tras ganar varios concursos de arte no terminaba de pagar las facturas, por mucho que ayudara a abrir cierta puerta de vez en cuando.

Confiaba en el destino, en que las cosas ocurrían por alguna razón. Por ese motivo, cuando recibió la llamada de su abuela materna, un par de semanas antes de su fallecimiento, sabiendo que le quedaba poco tiempo en el mundo, algo en su cabeza hizo clic. Aún podía recordar una de sus últimas frases: «A veces, la vida nos pone retos complicados, Maquita, pero Dios solo lo hace con aquellas personas que sabe que pueden superarlos». Aquello le había atormentado desde entonces; odiaba la idea de que su familia se refugiara detrás del telón de Dios para todo, de que buscaran en la fe la única explicación para todo el martirio que había en

el mundo. Sin embargo, por otro lado... ¿y si era eso lo que necesitaba escuchar para retomar uno de los mayores retos a los que se había enfrentado en la vida, el de ser madre?

Aquello suponía un cambio drástico de dirección. Había parte de su familia con la que no estaría muy agradecida de compartir ciudad de residencia; tenerlos más cerca significaba recibir más visitas a horas intempestivas. Al menos para ella, que pasaba las madrugadas envuelta en su peto vaquero, su turbante maltrecho y con las manos llenas de pintura de colores, estampando sus emociones en un lienzo.

—No estoy amargada. Estoy triste, ¿no lo notas? —Ana señaló sus ojos, emocionada—. ¿Mi mejor amiga y compañera de piso se marcha para ser independiente y yo tengo que estar feliz?

—Mujer, pues me harías un gran favor si lo estuvieras... —Maca, su hermano Sergio y su cuñada Catalina se miraron divertidos, ocultando las risotadas—. Mira que eres dramática... —Negó con la cabeza.

—Trabajo siendo modelo de escultura y pintura. El drama y el arte forman parte de mi vida —apuntilló Ana.

—Piénsalo de esta manera: vas a tener una excusa estupenda para visitar Madrid y tener hotel en mi casa siempre que quieras.

El gesto de Ana cambió de forma ligera y la miró con los ojos entrecerrados. Aquello pareció gustarle, porque a continuación alzó la copa y la chocó con la del resto.

—Por mi mejor amiga. Que encuentre una nueva sala de exposiciones donde mostrar y vender su arte, y que llene la cuenta bancaria con una cifra de muchos ceros para que podamos disfrutar juntas en Hawái.

—No pide nada tu amiga...—susurró Sergio en un murmullo perceptible solo para Maca, que estaba a su lado.

Ella, como respuesta, amplió su sonrisa para dar un trago a la copa de cava.

—Por el momento, vamos a brindar porque no funda mi parte de la herencia de mi abuela antes de que encuentre algo fijo. —La cara de circunstancia de Maca tras su intervención hizo soltar una carcajada nerviosa a su hermano.

—Eso es tener suerte —añadió Ana, y el silencio que hubo después se pudo cortar con el filo de un cuchillo—. No me refiero a que la señora Agustina falleciera, sino a que ahora puedas tener el dinero para poder volver y...

—Que sí, que te entiendo, tonta. —Maca pasó su brazo libre por la espalda de su mejor amiga y la acercó a ella en un gesto cariñoso—. No hace falta que te expliques.

Tras el brindis, continuó el trabajo de carga de la furgoneta de mudanza.

Bajaron las cajas hasta la calle, mientras los empleados de la empresa de transportes las colocaban dentro del vehículo.

—¿Has confirmado todo con el nuevo casero, Titi?

—Sí, está todo en orden y con la empresa de mudanzas también. Colocarán una grúa para subir todo al piso por la fachada —contestó Maca a su hermano. Titi era el apodo cariñoso por el que la llamaba desde que eran unos críos.

—Te voy a echar de menos. —Ana se abalanzó para abrazarla—. Podrías dejarme a Dama para que no me quede sola. Prometo cuidarla, de verdad.

—Ni de coña. —Procuró no perder la sonrisa y desvió la mirada hacia el transportín rosa y gris que cargaba su hermano. En el interior descansaba su gata Dama, un precioso animal de pelaje rubio y largo.

—Bueno —Ana se encogió de hombros—, tenía que intentarlo.

Uno de los empleados descendió de la parte trasera y cerró la puerta. Golpeó varias veces con la mano el costado del vehículo para avisar al resto de sus compañeros de que no quedaba nada por subir y que estaban listos para poner rumbo a Madrid.

—Cariño, ¿llevo a Dama a casa? —Al acercarse Catalina, su pelo negro azabache brilló bajo los rayos del sol.

—Sí, cielo. —Sergio le entregó el transportín a su pareja y luego se giró hacia Macarena—. ¿Llevo tu equipaje de mano también?

—Sí, será mejor. —Sonrió, entregando su bandolera, donde había guardado las cosas de valor: su portátil, la cámara de fotos y las pocas

joyas que tenía guardadas en la pequeña caja fuerte de la casa que, hasta ese momento, había compartido con Ana.

—Te esperamos en la furgo.

Sergio y Catalina se marcharon hacia su camper. Ellos habían decidido tomarse la vida de manera relajada. No tenían un lugar fijo de residencia, solo dejaban que el viento los guiara hacia el lugar donde pasarían esa noche, día o semana al completo. Eso sí, nunca estaban más de una semana en un mismo sitio; era una de las normas que habían impuesto antes de emprender aquella aventura. A sus cuarenta y uno y treinta y nueve años de edad, respectivamente, se habían dado cuenta de que lo importante para tener una vida feliz era llenarla de experiencias y momentos inolvidables, aunque el medio para conseguirlos fuera opuesto a lo tradicional.

Trabajaban desde casa, lo que hacía mucho más fácil llevar aquella vida, sin lugar a dudas. Ella era psicóloga y hacía terapias en línea con sus pacientes, mientras él se dedicaba a lo que más le gustaba: escribir. Tenía una columna fija en un blog de viajes muy popular, donde compartía consejos y trucos, relatos de sus experiencias viajeras e incluso recomendaciones de lugares para acampar o restaurantes donde comer bien por un precio asequible.

Tenían la vida que siempre habían soñado, sin restricciones de ningún tipo y con un futuro escrito en el mapa de la carretera.

Sergio y Macarena eran, sin duda, las ovejas negras de la familia, que habían decidido volar fuera del nido y tomar las riendas de sus destinos sin que las normas y prejuicios estrictos de sus padres mermaran su libertad.

—Oye, una cosita... ¿Quiere decir esto que me dejas el camino libre con Jordi?

—¿En serio te gusta Jordi? —contestó Maca apretándose la coleta alta mal hecha.

—A ver, no mucho, pero para una canita al aire está muy bien. Tiene unos pectorales... —Ana puso los ojos en blanco, mordiéndose el labio inferior.

—Anda que... —Negó con la cabeza—. Si Juan te escuchara, se iba a poner contento...

—Pero si es broma, solo quería verte la cara, al saber que dejas aquí a Jordi, el Pectorales. —Su rostro se transformó de repente y volvió a mostrar tristeza—. Y a tu mejor amiga.

—Dramas, que eres una dramas. Mira, vamos a hacer una cosa: cuando esté instalada en mi nueva casa, vienes, me haces una visita y te enseño rincones bonitos de Madrid.

—Vale, pero con una condición: pagas tú —aceptó, cerrando los ojos como si fuera evidente—. Tía, la pela es la pela.

Macarena se despidió de nuevo de su amiga, por quinta vez en las últimas veinticuatro horas, y se encaminó hacia la camper de su hermano y su cuñada. No era muy grande, pero lo suficiente para ellos dos; tenía bastante almacenaje para ser una casa rodante, zona compartida de cocina, comedor y trabajo, baño con ducha y cama doble. Ellos se ofrecieron a llevarla hasta Madrid, ya que luego podrían aprovechar para pasar unos días y visitar a la familia. Y claro, ella no pudo decir que no a un viaje con dos de sus personas favoritas.

Acomodaron el transportín de Dama en un lugar fijo con la correa de seguridad para evitar que saliera disparado en caso de colisión. Ellos tres, sin embargo, se sentaron en la parte delantera de la furgoneta, cada uno en uno de los tres asientos en línea que tenía el vehículo.

El trayecto no fue muy rápido, no solo porque aquel tipo de furgoneta no podía alcanzar una velocidad alta, sino porque las multas estaban a la orden del día, y ninguno quería recibir un bonito sobre con una felicitación certificada en su buzón, o en el buzón de los padres de Sergio. Mientras tanto, a medida que la carretera avanzaba y los kilómetros pendientes descendían, Macarena grababa aquel viaje a fuego en su piel y en la galería de su teléfono, capturando imágenes de vez en cuando de los rincones por los que pasaban.

Fotografió a su hermano conduciendo, con su cara redonda y barba pulida. Las gafas de sol ocultaban sus ojos marrones y risueños, herencia

de su familia paterna. Su pelo castaño y corto dejaba ver unas más que incipientes entradas en sus sienes, y su brazo derecho, más moreno que el izquierdo, reflejaba su afán por conducir.

En otra de sus capturas favoritas del viaje, consiguió retratar a su cuñada hablando con Dama a través de la puerta metálica del transportín. Maca siempre había pensado que ella era una mujer de las más guapas que había conocido, sin artificios. Apenas solía llevar maquillaje y defendía como nadie las pecas que, a temporadas, se coloreaban más en sus mejillas y nariz. Sus ojos verdes contrastaban con su cabello pelirrojo, y aquello le daba un aire misterioso que, estaba segura, ayudó a su hermano Sergio a enamorarse de ella.

Llovieron selfis y fotografías desprevenidas en medio de la nada, como una que guardaría con especial cariño dentro de su álbum, en la que su cuñada había captado el momento en el que su hermano Sergio la llevaba subida a su espalda para que no ensuciase su calzado con barro y estropeara las alfombras de la furgoneta. La sonrisa de Maca en esa instantánea era brillante y sincera, achinando sus ojos redondos y pardos, convirtiéndolos en una delgada línea, mientras varios mechones ondulados y rubios sobresalían del turbante de flores que recogía su cabello.

Al llegar a Madrid, el tráfico los desbordó.

—Ponte en el de la derecha —señaló Catalina.

—Si se pone en ese carril, no salimos de aquí ni para Navidad —aseveró Maca.

Y eso, teniendo en cuenta que estaban en febrero, era mucho decir.

—Voy a quedarme en el del centro y, si tengo que adelantar, me voy al de la izquierda y adelanto. —Sergio no apartaba los ojos de la carretera.

—Y si tienes que salir, te vas al derecho, ¿no? —Catalina se agarraba al manillar de la puerta con evidente nerviosismo—. ¡Ten cuidado con ese!

—¿Con cuál? —Maca miró a un lado y a otro.

—Ay, por favor, esto parece una jungla. —Su cuñada se llevó una mano a la frente para tranquilizarse.

—Más bien, la sabana. Es como ver correr a leones detrás de sus presas. ¡Como ese! —Macarena apuntó a uno que parecía atosigar al de delante para que se quitara de su camino—. Solo que, en vez de comérselo, quiere vía libre.

Afortunadamente, Sergio consiguió introducir el morro en el espacio entre dos coches y salir de la circular que rodeaba la ciudad. Aquello no era ni una jungla ni la sabana, era un infierno sobre ruedas.

Tras algo más de veinte minutos, llegaron a la dirección que el GPS de Macarena marcaba en el móvil. Había alquilado el piso en línea con una visita virtual mediante videollamada y, bueno, las condiciones del mismo y el precio, para ser dentro de la ciudad, no estaban tan mal... No obstante, teniendo en cuenta lo acostumbrada que estaba a pagar precios

desorbitados por una habitación en Barcelona, seguramente el contrato de Madrid tampoco resultaba una ganga.

Estacionaron frente a la puerta, donde ya los estaba esperando la grúa y el conductor de la misma.

—Buenas tardes, soy Macarena, la dueña de la casa donde van a descargar. ¿Sabe si tardarán mucho sus compañeros?

—No, señora, acaban de avisarme de que acaban de entrar en Madrid.

—Perfecto. —Maca suspiró contenta y se encaminó hasta su hermano y cuñada—. Calculo que tardarán en llegar veinticinco minutos o algo más. Voy a subir para ver el piso en persona. ¿Vosotros tenéis que ir ya a la zona de acampada o podéis quedaros un poco más?

Catalina bajó de la furgoneta con Dama y la bandolera de su cuñada.

—Lo siento mucho, Titi, pero tenemos que irnos ya si queremos encontrar hueco en el campin que hemos mirado —explicó su hermano—. En los otros no puedes contratar punto de luz ni agua, solo son para aparcar el coche, y nos vendría bien llenar el depósito para darnos una buena ducha.

—Toma, Maca. —Le entregó a Dama y sus pertenencias, y se agachó para mirar a la peluda felina—. Hasta pronto, pequeña.

A Catalina le encantaban los gatos, aunque por su modo de vida no era muy conveniente ni compatible adoptar uno. Ella se conformaba con visitar a su cuñada y poder disfrutar de Dama un ratito cada cierto

tiempo. Era una gata muy buena, traviesa y juguetona, incluso se impulsaba en la pared de las habitaciones de casa para correr más rápido a por *su presa*, que fácilmente podía ser un ratón de juguete. También era muy dormilona y tranquila el resto del tiempo en el que no se le cruzaban los cables.

—Bueno, llamadme cuando lleguéis y contratéis, ¿vale? No os vayáis pronto que quiero volver a veros antes de que dejéis la ciudad.

—Eso está hecho, Maca. —Sonrió su cuñada antes de despedirse.

Cuando la furgoneta se adentró de nuevo en el tráfico, Macarena caminó hasta el portal de su casa y el portero le entregó la copia de las llaves que el dueño del piso había dejado allí para ella.

Era un motivo de celebración saber que podría subir y bajar de su piso en ascensor, porque no era un primero, precisamente. Estaba muy bien hacer ejercicio en escaleras para poner los glúteos firmes, pero lo que estaba mejor era hacerlo cuando ella quisiera y no cada vez que saliera y entrara de casa. Punto a favor del apartamento, sin duda.

Subió hasta el sexto piso con Dama, que estaba bastante nerviosa dentro del transportín. Los ruidos del ascensor eran nuevos para ella y se sentía bastante descolocada. En cuanto el cubículo llegó a la sexta planta, salió y buscó el apartamento con la letra D.

—D de Dama. Fácil para no olvidarme de la casa donde vivimos, ¿eh?  
—le comentó a su gata como si pudiera entenderla. Sacó la llave del bolsillo y la introdujo en la cerradura.

El apartamento olía bien, se notaba que habían limpiado hacía poco tiempo. Macarena buscó el interruptor y encendió las luces. El pequeño recibidor estaba abierto en la parte frontal hacia el salón, donde había un gran ventanal que daba al balcón, por el cual subirían con la grúa las cajas y algunos muebles que se había traído. A la derecha del recibidor, un arco conducía a una pequeña cocina que tenía una ventana que daba al salón. Aquella era su única ventilación.

Caminó hasta el centro de la estancia y dejó a Dama sobre la mesa.

—Lo siento, pequeña, pero aún no te puedo sacar.

Metió los dedos y la acarició a través de los huecos de la puerta del transportín.

En el lado derecho del salón había tres puertas. La del centro era el baño, alargado, con una ducha en el fondo, un pequeño mueble para guardar cosas, el retrete y el lavabo. La de la derecha era una habitación auxiliar, más bien pequeña, en la cual había una cama de ochenta centímetros que el dueño había dejado por si le servía para algo. La de la izquierda era la principal, la que ocuparía ella, que tenía un somier de un metro cincuenta centímetros, una mesita y un armario empotrado de tres puertas.

El piso había sido reformado, podía verse por los muebles de la cocina y del baño, y también le habían dado una capa de pintura hacía poco, a juzgar por el olor que permanecía en la casa: suave pero persistente. Además, todas las habitaciones tenían mosquiteras, algo en lo que ella había hecho hincapié durante las conversaciones previas a la firma de contrato, para que la seguridad de Dama estuviera cubierta.

Aprovechó para repasar cada rincón y comprobar que aquel lugar era, efectivamente, el que había visto durante la visita virtual, y para revisar si tenía algún tipo de desperfecto por el que avisar al dueño, y que quedara constancia de él antes de su entrada.

Un buen rato después, alguien llamó a su puerta.

—Señora, ya han llegado mis compañeros, vamos a empezar a descargar. ¿Puede abrir el balcón?

Dicho y hecho.

Macarena hizo lo que le pedía y cambió de sitio a su gata para que estuviera más tranquila, posándola sobre la cama de la habitación auxiliar. Después, dejó la puerta abierta y bajó a la calle para controlar que todos los cajones de embalaje que habían llevado, así como los muebles, estuvieran en buenas condiciones y los descargaran donde ella quería.

Primero subieron algunas cajas, las más frágiles, para evitar cualquier golpe durante el resto de la descarga. La mayoría contenía menaje de

cocina como platos y vasos, aunque otras llevaban varios lienzos inacabados que Macarena esperaba finalizar en Madrid. Aquellos futuros cuadros pertenecerían a su colección *Entre dos Tierras*, nombre que había pedido prestado a Héroes del Silencio, uno de los grupos favoritos de su hermano, y que hacía alusión a su mudanza y a los lugares donde habían sido creados.

Cuando ya habían descargado la mayor parte de los bultos, llegó el momento de hacerlo con los muebles más pesados. Macarena había viajado hasta Madrid con el sofá de tres piezas que había comprado un año atrás en la ciudad condal, su caballete, un par de cómodas, que harían a la vez de aparadores para el nuevo salón y que estaban sin desmontar, y el colchón para su dormitorio.

—¿Podrá la grúa con todo eso?

—Claro, señora. —La risa jocosa de uno de los empleados de la empresa de mudanzas hizo que ella frunciera el ceño—. Estas máquinas están preparadas de manera milimétrica para cargar un máximo de peso. Mientras que no nos pasemos, todo irá bien.

Sin decir más, el operario comenzó a subir la plataforma de la grúa desde su cabina, calculando desde la calle la trayectoria de la misma. Y podía ser que no tuviera nada que ver con el peso que cargaba, porque si él había dicho aquello era por algo, pero la primera desgracia después de pisar suelo madrileño vio la luz.

Mientras Macarena revisaba cuántas cajas quedaban por sacar del interior de la furgoneta, se escuchó un gran golpe metálico en las alturas. Automáticamente, se giró para ver qué ocurría y se llevó las manos a la cabeza.

—Hostia puta. Vamos, no me jodas...

La plataforma de la grúa había topado con la barandilla de un balcón de su planta, doblando parte de la misma; pero no había sido contra el suyo, sino contra el del vecino de al lado.



## 2

### **¿Quién es este gilipollas?**

Según la ley de Murphy, «si algo malo puede pasar, pasará»; y vaya si pasó.

Maca se quedó petrificada, mirando hacia arriba, con el señor de la grúa intentando recolocarla en la dirección correcta para que sus compañeros pudieran descargar los bultos pesados, y los viandantes curiosos mirando para comprobar qué había pasado. ¿Tan mal podía empezar su nueva vida en la ciudad? Porque Maca había nacido allí, en Madrid, aunque a diferencia de todos, o casi todos, sus compañeros de colegio e instituto, había decidido marcharse para buscarse la vida en otro sitio.

—Vale, calma —se dijo más para ella que para nadie, sobre todo porque no había ninguna persona lo suficientemente cerca como para poder escucharla con claridad.

Bajó la mirada y se secó las palmas de las manos, sudadas por los nervios, en la tela del peto vaquero que llevaba puesto. Adoraba aquella prenda y tenía más de cinco en su armario; su estilo al vestir podía resumirse en monos vaqueros, camisetas básicas, zapatillas de lino blancas, manchadas de pintura como las que llevaba puestas, y turbantes que recogían su pelo para dejar libre el cuello. Se había acostumbrado a llevarlos años atrás y, desde entonces, no habían desaparecido de los cajones de su cómoda.

Apartó su mechón corto y rubio, aquel que siempre quedaba fuera del recogido del turbante, y lo metió hacia dentro. Tenía que hablar cuanto antes con el dueño o la dueña de la casa que había sido dañada para evitar problemas y tranquilizarlo, al fin y al cabo, iban a ser vecinos, pared con pared, y no quería comenzar firmando un contrato indefinido con su primer enemigo mortal. Bueno, quizá era una exageración, pero nadie sabía las verdaderas putadas que se podían hacer entre vecinos hasta que no las sufriera.

Agarró una de las cajas menos pesadas y se acercó al encargado de la mudanza.

—Lo siento, señora, ha sido un descuido... —El señor parecía bastante alterado.

—Tranquilo, todos comentemos errores.—Sonrió, intentando quitarle importancia, aunque por dentro ella estuviera mucho más

atacada que él—. Como lo que queda son unos pocos bultos nada más, voy a subir al piso e intentaré hablar con los vecinos.

El hombre asintió, arrugando la gorra entre sus manos, y regresó al trabajo dirigiendo la grúa.

Macarena subió al ascensor hablándose a sí misma en tono suave: «Todo va a salir bien, y mis vecinos van a ser un encanto. Entenderán que ha sido un accidente y que se solucionará en un par de días». Si todo ya era nuevo y extraño para ella, la pobre gatita tenía que estar pasándolo horrible en aquel ambiente desconocido: un viaje largo, golpes fuertes, gritos, ajetreos... Solo esperaba que, en la habitación auxiliar, Dama no hubiera escuchado el trastazo contra la barandilla del balcón tan fuerte como se había escuchado desde la calle.

Llegó al sexto piso y esperó a que se abrieran las puertas para salir.

Caminó hasta la puerta de sus vecinos, cargando aún la caja para justificar que en efecto estaban de mudanza y solo había sido un accidente, y llamó al timbre. Esperó impaciente durante unos segundos, porque paciente lo que se decía paciente, no estaba, y volvió a llamar de nuevo. Quizá no había nadie y se encontrarían con el pastel al volver, o puede que la casa no estuviera ocupada y tuviese que gestionarlo con el dueño por teléfono. Maca bufó, no sabía lo que era peor.

De repente, la puerta se abrió. Un hombre de unos cuarenta años, visiblemente desaliñado, moreno, despeinado y barba descuidada, ojos

azules y cara de pocos amigos, la miró en silencio frunciendo el ceño. Tenía pinta de no haberse duchado en días, aunque tampoco es que oliera mal. La impresión que daba, vistiendo de la forma en que lo hacía, con ropa casual y que en otra época debió tener una vida mejor, no ayudaba en absoluto.

Observó la mirada de aquel tipo: parecía triste, pero, al mismo tiempo, inexpresiva, como si algo en su interior estuviera roto.

—¡Hola! —Aquello sonó con demasiada ilusión, así que se aclaró la voz e intentó retomar la seriedad que requería el asunto—. Verás, me llamo Maca, soy tu nueva vecina; he alquilado ese piso. —Señaló la puerta de al lado, levantando uno de sus dedos sin soltar las manos de la caja que cargaba—. Los chicos de la mudanza han tenido un problema, supongo que habrás oído el golpe, ¿verdad?

—No me digas. —Ya de por sí tenía pinta de borde, pero fue abrir la boca para confirmarlo.

—El caso es que quería pedirte..., pidiros disculpas por el accidente. —No sabía si estaba solo en casa o si vivía con alguien, así que decidió incluir a aquella posible persona en su disculpa—. Me haré responsable por completo de lo sucedido, subsanaré cualquier...

—¿Tú? ¿Has contratado a una empresa pirata, o algo así, que no tiene seguro de responsabilidad civil? —Adornó su intervención con una mueca de incredulidad.

Lo de borde comenzaba a quedarle pequeño, a decir verdad. Que vale, que la grúa acababa de jorobarle la barandilla del balcón y tenía todo el derecho a reaccionar con ofuscación, pero su enfado estaba cada vez más lejos de ser un comportamiento de persona normal, para acercarse de forma peligrosa a uno de gilipollas.

—No, que va, es una empresa de confianza... —Maca negó, segura de sus palabras, clavando sus dedos en el cartón de la caja. La conversación estaba siendo bastante incómoda.

—Entonces, supongo que tendrán seguro de accidentes y demás problemas, ¿verdad?

—Sí, seguro. Vamos, digo yo. —Se encogió de hombros, dudosa.

—Pues que lo arreglen ellos. Ya he hecho fotos de todo desde el balcón para interponer la denuncia. No hace falta que tú... hagas nada. —Volvió a mirarla con ciertas reservas.

—Espera, ¿denuncia, has di...? —No le dio tiempo a terminar la frase.

El hombre había cerrado la puerta delante de sus narices.

Maca se quedó allí parada, mirando la madera de color ocre en silencio durante unos segundos, sin entender del todo qué bicho le había picado a aquel ser que tenía por vecino. Había sido un accidente, y ella había intentado ser simpática, disculparse y ofrecer su ayuda para solucionar todo lo antes posible. Finalmente, bufó y, sacándole burla con un gesto de los ojos en blanco, se encaminó a su piso.

Dejó la caja sobre la encimera de la cocina. Según había escrito en la parte superior, en el interior había varios botes de especias, trapos y algunas bayetas nuevas que había comprado la semana anterior.

Los trabajadores siguieron con la mudanza, subiendo y bajando la grúa cargada con los últimos cajones del camión. Una vez terminaron, el encargado del equipo se acercó de nuevo a ella.

—Ya hemos terminado, señora. Mis compañeros han colocado las cajas allí. —Señaló una zona del salón, cerca del gran balcón que en ese momento estaba con la puerta cerrada. La mayoría de las cajas estaban apiladas con cuidado. Su comportamiento había pasado de soberbio, a una actitud mucho más sumisa después del incidente.

—Muchas gracias... Por cierto, he hablado con el vecino sobre lo del accidente y hemos comentado sobre el seguro de responsabilidad civil que tiene que hacerse cargo y...

—Sí, sí. Por supuesto, señora. El seguro de la empresa para la que trabajamos se hará cargo. Ya he hablado con mi jefe y he dado parte. Me han dicho que en un par de semanas todo estará solucionado.

—¿Dos semanas? —preguntó con la mirada desorbitada, en un tono más fuerte de lo que habría deseado.

—Sí, el seguro tiene que hacer sus peritaciones y lleva unos días que todo esté en orden para poder trabajar en ello. Aunque le aseguro, señora, que lo solucionaremos lo antes posible. En un par de días vendrá el perito

para hacer unas comprobaciones, pero usted no tiene que hacer nada, eso ya es cosa del seguro y el vecino que ha sufrido el desperfecto.

Bufó de nuevo, se llevó una mano a la boca con gesto pensativo y colocó la otra en su cadera. Las cosas eran así, y tampoco podía hacer nada para cambiarlo, aunque intentaría, en la medida de lo posible, influir en la empresa de mudanzas para evitar que a aquel vecino quisquilloso le durara la mala cara demasiado tiempo. ¿Quién sabía? Lo mismo aquel gesto de oler a basura no le venía de fábrica y hubiera alguna solución rápida para cambiarlo.

Tras la conversación, el encargado y el resto de operarios se marcharon. El inicio de la nueva convivencia se presentaba bastante peliagudo.

Antes de colocar cada caja en la habitación donde habría que desembalarla, se dirigió hacia el dormitorio auxiliar y puso el transportín en el suelo.

—Bueno, osita, bienvenida a tu nueva casa.

Maca abrió la puerta y Dama salió despacio de su guarida. Lo hizo con mucha cautela, mirando hacia un lado y otro de aquel cuarto que veía por primera vez. Olfateó el ambiente mientras Macarena, de cuclillas, acariciaba su pelaje e intentaba calmarla con voz suave. Cuando terminó de salir del transportín, se asomó por la puerta para ver una nueva estancia: el salón.

—Un momento, pequeña, que voy a ponerte tu comida y tu agua. Seguro que tienes sed, después del viaje.

Se levantó y salió de la habitación, pasando por encima de Dama. Buscó en su bandolera la pequeña bolsa de pienso que había preparado para que la felina comiera durante el viaje en la camper de Sergio, si le apetecía, y llenó con agua uno de los recipientes que encontró en de los muebles de la cocina.

Colocó un montoncito de granos de pienso directamente en el suelo, porque los comederos de Dama estaban guardados en alguna de las cajas que había apiladas en el salón, y el cuenco con agua justo al lado. Volvió a ponerse de cuclillas y siseó, llamando a su compañera de piso.

—Vamos, ven a comer un poquito.

Alargó la mano para atraer su atención. Aunque dudosa, Dama comenzó a avanzar hacia ella sin dejar de explorar el terreno.

Lo primero que hizo fue beber agua; después de tantas horas de viaje y el nerviosismo por todo lo sucedido, era normal que la pobre gatita necesitara hidratarse para calmar los nervios y el miedo. Entonces, Macarena se puso en pie, colocó las manos en sus caderas y, observando el salón desordenado, soltó un gran suspiro.

—Bueno, pues habrá que empezar a trabajar. —Desvió su mirada a Dama que levantó el hocico, relamiendo sus bigotes—. Sin embargo, primero voy a colocar tu caja de arena... por lo que pueda pasar.

Si tenía una cosa clara tras su viaje a Madrid, era que tenía que ponerse las pilas y continuar con el proyecto que llevaba entre manos. Los ahorros y la herencia de su abuela no durarían para siempre.

Sus primeros años en Barcelona no habían sido fáciles, pero, al terminar los estudios, tomó la decisión de presentarse a todos los concursos de arte que se cruzaban en su camino. Varios golpes de suerte en algunos de ellos, dirigidos a artistas incipientes, hicieron que contaran con ella para trabajos de diseño, tanto en interiores de viviendas de personas adineradas como en las sedes de grandes empresas. Poco a poco, la firma de Macarena Cano fue abriéndose paso en el mundo del arte, aunque no lo suficiente como para vivir de forma independiente en una ciudad tan grande y costosa como Barcelona.

Buscó entre las cajas aquella en la que estaba escrito, con un rotulador de color rosa, el nombre de su gata junto al dibujo de un corazón. Era la única de todas las que había empaquetado, a pesar de que había más de veinte, que tenía las letras pintadas con un color diferente y estaba decorada con algo más que no fuera una limpia y perfecta caligrafía.

Dama era su compañera de vida, de tristezas y de alegrías. Se había convertido en la inspiración para muchas de sus pinturas y trabajos, pero lo más importante era que, cuando la adoptó en una asociación, cinco años atrás, estaba pasando por uno de los momentos más angustiosos de su vida, y Dama la acompañó durante todo el proceso. Se podría decir

que ella no había salvado a la gatita, sino que lo habían hecho mutuamente.

Rompió el precinto de la caja y sacó los cacharros de Dama: su comedero; su fuente de agua eléctrica, que permitía tener un chorrito en continuo movimiento para mantenerse fresquita; su otro cuenco, donde echaba las bolsitas de paté o los premios que de vez en cuando le daba; su arenero con tapa; sus juguetes y un pequeño plumero con el que, juntas, pasaban momentos muy divertidos. En otra de las cajas, concretamente en aquella en la que había escrito Dama 2, transportaba el medio saco de pienso que quedaba, otro con tierra y un par de sobres de comida húmeda.

Lo había preparado todo a conciencia, depositando el arenero en uno de los rincones del baño, la fuente y el comedero en una zona del salón, y los sacos de pienso y tierra en uno de los muebles de la cocina que destinaría para ello. Mientras ella caminaba de un lado a otro, moviendo las cosas y ordenando el desastre de cajas apiladas del salón, Dama continuó investigando cada rincón de la casa, peleándose con el cubo de basura metalizado en el que se vio reflejada y decidió que lo mejor era lanzarle un zarpazo. También jugó a meterse dentro de las bolsas de plástico que quedaban vacías tras colocar parte de las pertenencias de ambas en sus lugares definitivos.

Fue entonces cuando algo resonó con cierto eco. Alguien, en alguna de las casas cercanas, había comenzado a tocar el piano a un ritmo frenético. Maca se detuvo en seco y miró a Dama, que hizo lo mismo, agachando las orejas hacia atrás y dilatando sus pupilas.

—¿Qué narices? —susurró, dejando sobre la encimera de la cocina las dos tazas que llevaba en las manos, una con un dibujo de gato y otra lisa en color verde agua.

El sonido del piano cada vez era más estridente. Quien lo tocaba no lo hacía mal, pero aquellas horas no eran las más adecuadas para tocar..., al menos, para ella. Buscó su teléfono móvil para comprobar que eran más de las seis y, aunque no era tarde, sí que era la hora en la que solía almorzar; lo hacía tan tardío porque le encantaba pasarse la madrugada dando rienda suelta a las musas sobre lienzos en blanco, así que dedicaba casi toda la mañana a recuperar el sueño, sin salir de entre las sábanas de su cama.

Se acercó a varias paredes de la casa que lindaban con las de otros propietarios hasta que solo quedaba una por mirar, aquella que daba precisamente a la casa del vecino borde con la baranda del balcón deformada.

—Ay, no, por favor. —Se acercó con rapidez hasta la pared y pegó la oreja a ella. En efecto, el sonido acelerado de un piano, con un volumen al máximo, provenía del piso de al lado.

No lo pensó dos veces y corrió de nuevo hacia el móvil, en el que marcó el número del propietario de la casa que había alquilado y que no la había avisado de las condiciones especiales del vecino tocapelotas. Porque sí, podía ser que la hora fuera normal para otros, pero en sus circunstancias personales no era un horario muy compatible con el suyo.

El teléfono dio tono hasta que el sonido intermitente de la línea se detuvo; no había respuesta al otro lado.

—Ni de broma. Ni lo sueñes. Con razón tenías cara de borde. ¡Eres un músico engreído! —Se sentó sin dejar de refunfuñar, cruzando las piernas sobre el sofá, y volvió a marcar el teléfono con el mismo resultado.

Mientras tanto, Dama se había subido a una de las sillas de la mesa del salón y miraba hacia Macarena, sin perderla de vista. Ella esperó cinco minutos más y volvió a intentarlo por tercera vez. En esa ocasión, sí que hubo respuesta.

—Hola, verá... —comenzó a hablar mientras el sonido del piano seguía escuchándose de fondo—, tenemos que hablar. Creo que usted no me ha contado toda la historia antes de firmar el contrato.